

RESEÑAS

ESPARZA RUIZ, Daniel, **La realidad simbólica de España. Una perspectiva histórica de la identidad española y los mitos de origen**, Valencia: Tirant lo Blanch, 2022, 177 p., ISBN: 9788418970498

Mucho se está escribiendo en los últimos años sobre nación y nacionalismo en España. Parece ser que la nación, y todo lo que la rodea, está viviendo un auténtico *revival* que la ha puesto en el centro del tablero de reflexión de los historiadores. Sin embargo, la obra que se trae aquí a colación no es exactamente un libro sobre nacionalismo o de teoría de la nación, aunque sí está relacionado con esta temática. En *La realidad simbólica de España* no se trata la identidad “nacional” española, sino que Esparza analiza la identidad “colectiva” española. Es decir, por identidad española se entiende simplemente identidad cultural, la identificación de una serie de individuos con respecto al territorio que habitan. Posteriormente esa identidad colectiva sería usada por el nacionalismo en el siglo XIX para crear dicha identidad nacional. De esta manera, Esparza intenta rastrear la génesis de dicha identidad cultural, viendo cómo sus fallos acabaron afectando a la construcción de la identidad nacional esencialista. Precisamente, aquí radica el atractivo del libro, en su enfoque: *La realidad simbólica de España* incluye una perspectiva doble desde el constructivismo y el etnosibolismo, que el autor ha calificado como *histórico-simbólico*. Un hecho ya de por sí paradigmático ante

el predominio puramente constructivista de la academia, y que ensalza su novedad y la inserta dentro de las corrientes más híbridas que se están desarrollando últimamente.¹

Daniel Esparza Ruiz es especialista en nacionalismo checo, teoría literaria e historia del deporte en sus variantes política y social. En los últimos años se ha centrado en cuestiones de nacionalismo, más exactamente sobre nación y deporte, contando con varios trabajos sobre la historia del surf. Su enseñanza en una universidad checa le ha hecho ser un gran conocedor de la historia centroeuropea. Aspecto que también plasmará en este libro al hacer cierto uso de la historia comparada confrontando los casos españoles, checo y húngaro –muy poco conocidos en España, lo que incrementa el atractivo del mismo–.

Esparza comienza el libro con dos capítulos dedicados a explicar y desarrollar el marco teórico que emplea. Dos capítulos fundamentales e interesantes en el desarrollo de las tesis del libro. Entre los muchos conceptos que pasa a analizar es sugerente el desarrollo que hace de la idea de

1 Raúl MORENO ALMENDRAL, “Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo: críticas y alternativas al paradigma modernista”, *Revista de Estudios Políticos*, 171, (2016), p. 225-253.

“identidad” que se aleja de la tesis hegemónica de las identidades como una sucesión de capas superpuestas (la metáfora de las capas de cebolla), para definir su propio concepto de identidad. Posteriormente pasa a analizar las raíces de la identidad colectiva española, en concreto la génesis del propio nombre identitario, del territorio, sus habitantes y de la lengua, la conciencia de pertenencia al territorio nombrado desde la Antigüedad y de la posterior construcción de la identidad nacional basándose en esta colectiva. En capítulo 4, estudia una serie de mitos fundacionales en España que se mantuvieron más o menos operativos hasta el siglo XIX y qué intereses políticos había detrás de los mismos. Así, Esparza hará un viaje por los personajes o enclaves mitológicos que se propugnaron como los fundadores y el origen primigenio de lo que luego sería España: desde Tubal o Sefarad, pasando por Hércules o Tarsis, que luego pasará a comparar con los mitos fundacionales de Chequia y Hungría. Quizá en este punto hubiera sido necesario profundizar aún más en el aspecto comparativo y en por qué no sobreviven estos mitos al siglo XIX.

Tras ese recorrido, en el capítulo 6, Esparza abre un ciertamente novedoso e interesante debate para el mundo académico sobre por qué los romanos nunca han sido considerados los “padres fundadores” por ninguna élite política o intelectual desde la Edad Media, incluidas las élites nacionalistas desde el siglo XIX. Pasa a dar una

serie de argumentos a favor y en contra de los motivos por los cuales los romanos podrían ser el mito de origen de la identidad colectiva española, incidiendo sobre todo en sus argumentos en contra. Acto seguido, en el capítulo 7, pasa a analizar el mito de las “dos Españas” que identifica como un mito esencialista (y por ello exclusivo de España) compartido por todo el nacionalismo español desde el siglo XIX hasta mediados del XX. Es con la llegada de la democracia, en la Transición, cuando el mito de un enfrentamiento eterno adscrito al ADN de los españoles desaparece de la narrativa nacionalista siendo sustituida por el mito de la “España plural” como mito refundacional, puesto seriamente en cuestión en las últimas décadas. Antes de pasar a unas conclusiones que se han podido vislumbrar desde la introducción, Esparza analiza una serie de mitos de origen mantenidos en los símbolos institucionales como la bandera, escudo e himno.

La auténtica esencia del libro se encuentra en sus capítulos dedicados a la paternidad romana de España y al mito de las dos Españas. Todos estos elementos acaban ensamblados en el último capítulo a través del examen de la amnesia conflictiva y colectiva de esos mismos romanos como fundadores de España y sus consecuencias en la identidad nacional española dicotómica, vinculando las dos categorías de identidad (colectiva y nacional) con las que trabaja el autor. Esparza lo sintetiza de la siguiente manera: “el rechazo a los romanos como padres

fundadores, a través de la amnesia y la demonización de los romanos, que fueron quienes dieron el nombre, la lengua (hoy lenguas) y la base cultural de lo que hoy es España [...] es también la base del mito de las dos Españas” (p. 155). La conclusión a la que llega Esparza en este libro es que la ausencia de un mito compartido de origen, de unos “padres fundadores” (que para él serían los romanos) es la causa del posterior surgimiento y aceptación del mito de las dos Españas como una realidad esencialista. La falta de un mito aceptado generó la creación de otro que separaba la sociedad de forma dicotómica puesto que estaba predestinada a enfrentarse.

A pesar de la novedad de estas ideas, esta tesis no está exenta de algunas críticas y carencias de las que adolece la obra y que podrían mejorar su calidad y afinar algunas de sus conclusiones. Una de ellas es el escaso papel dado a lo religioso dentro de la gestación de la identidad colectiva. El catolicismo en la construcción identitaria española debería de haber tenido un peso específico, teniendo en cuenta que la religión se convirtió en la piedra angular de la identidad singular española desde 1492. Quizás ahí radique uno de los motivos en el repudio al Imperio Romano, en la imposibilidad de entroncar religión y exclusividad española mediante la romanidad, algo que ya apunta sucintamente el autor. Hay que recordar que ni siquiera los constitucionalistas de Cádiz se plantearon poner en entredicho el carácter católico de España.

Otro punto de fricción en la obra se encuentra en lo referente al mito de las dos Españas. No parece muy acertado otorgar a España la exclusividad europea de un mito dicotómico con un carácter esencialista. En este sentido habría estado bien que el autor hubiera ampliado y profundizado en su análisis comparativo. Algo similar ya ocurrió en Francia donde, desde 1789, se podría argumentar que existieron “dos Francias”, la monárquica y revolucionaria primero y la conservadora y liberal/progresista después. La Francia reaccionaria tuvo su continuación ideológica a finales del XIX y comienzos del XX con intelectuales como Maurrás y Barrés y tendría su continuación en la Francia de Vichy y en la actualidad, con la familia Le Pen. De hecho, el *affaire Dreyfus* que menciona el autor, bien podría interpretarse como una manifestación de esa dicotomía esencialista. A pesar de que ambas Francias encuentren en la Revolución Francesa su mito de origen, las referencias históricas que toman son bien distintas y emplean diferentes cronologías de la Revolución. Además, resulta curioso que en Francia se buscase el origen primigenio de la nación no en los romanos, sino en los galos y francos, al igual que pasó en España desde el siglo XVIII, donde los ilustrados pusieron su atención en celtíberos y visigodos.²

Quizá más parecido es el caso italiano, donde también encontra-

2 José ÁLVAREZ JUNCO y Gregorio DE LA FUENTE, *El relato nacional. Historia de la historia de España*, Barcelona: Taurus, 2017.

mos varias “Italias” esencialmente enfrentadas. La dicotomía más fácil de argüir sería la existencia de dos Italias geográficas, norte y sur, cuyas diferencias se consideran antitéticas, y que van más allá del desigual desarrollo económico. Se estaría ante un norte mucho más turbulento y políticamente activo frente a un sur más atrasado y pasivo. No hay que olvidar que, durante la Segunda Guerra Mundial, Italia vivió un conflicto civil donde lo geográfico y lo político adquirió una importancia de primer orden. Incluso estas diferencias fueron más que palpables en el referéndum de 1946 donde el norte votó mayoritariamente por la república frente a un sur predominantemente monárquico. Por lo tanto, se estaría ante dos Italias geográfica pero también esencialmente enfrentadas, donde el norte siempre representa la modernidad y europeidad frente a un sur más católico y tradicional.

También se encontraría otra dicotomía entre la Italia oficial y la popular, y las diferentes formas de entender la identidad italiana. La implantación de las fiestas nacionales en la Italia del XIX encontró una gran resistencia popular desde los municipios haciendo del proceso algo sumamente complejo y enrevesado que puso en evidencia la dificultad de “hacer italianos” de D’Azeglio. Fue un desarrollo donde los católicos, republicanos y socialistas se enfrentaron a Roma y su visión de nación en su intento de canonizar el *Risorgimento* desde la óptica Saboya. Algo visible incluso en

la cuestión del himno nacional donde la Italia popular prefería el himno de Mameli al instaurado por la corona. De hecho, esta dificultad de crear *ex novo* fiestas nacionales precisamente es debido a “la ausencia de un acontecimiento capaz de sintetizar el mito fundacional”, lo que en un principio hizo necesario continuar con fiestas ya heredadas debido a su aceptación popular.³

Otra dicotomía esencialista se encuentra en Rusia, incluso de una manera más marcada que en los casos anteriores. Desde el siglo XVIII ha existido en Rusia un debate filosófico en torno a lo que debería ser la “esencia” rusa, donde los occidentalistas se enfrentaban a los eslavófilos como dos maneras muy diferentes y enfrentadas de “ser” rusos. Al igual que en España, en Rusia unos miraban a Europa como modelo a seguir mientras que otros, los eslavófilos, “defendían la cultura rusa como basada en la intuición, la espiritualidad y la religión, frente al racionalismo occidental, muy al estilo de lo que un Miguel de Unamuno haría en España algo más tarde”.⁴ Esta dicotomía esencialista entre occidentalistas y eslavófilos incluso consiguió sobrevivir al periodo soviético llegando hasta la actualidad.⁵

3 Maurizio RIDOLFI, *Las fiestas nacionales en la Italia contemporánea*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, p. 24.

4 José ÁLVAREZ JUNCO, *Dioses útiles: naciones y nacionalismos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017, p. 123.

5 José M. FARALDO, *El nacionalismo ruso moderno*, Madrid: Báltica, 2020.

De esta forma, la existencia de dos Españas esencialmente enfrentadas no es exclusiva ni mucho menos y este fenómeno se encuentra en otros casos europeos. En este sentido sería interesante que el autor ampliara el análisis comparativo y profundizara más en él. Encontrar casos similares al español y ver los orígenes mitológicos de dicho marco nacionalista dicotómico y esencialista podría ayudar a sustentar su tesis (la ausencia de mitos fundadores, como parece ser que ocurre en Italia) o realizar las matizaciones pertinentes.

A pesar de todo lo anteriormente dicho, estas críticas no invalidan ni mucho menos la tesis de Esparza. Al revés, podrían reforzar su posicionamiento, afinarlo y matizarlo. Realmente poco importa si los romanos podrían haber sido considerados como el mito fundacional español o la relevancia de Roma en el sustrato cultural de España. Lo que de verdad importa, y aquí radica la originalidad del libro, son las conexiones que establece entre la creación de mitos esencialistas dicotómicos y sus orígenes en el imaginario mitológico español. Esto abre una puerta nueva en el debate sobre las identidades colectivas y la

ausencia o no de mitos fundacionales compartidos y aceptados y sus repercusiones en la concepción primordial de la nación que triunfó desde el siglo XIX. De hecho, el autor (y lo repite varias veces en el libro) más que dar respuestas definitivas, pretende generar nuevas preguntas a los lectores. Y en este caso “nuevas” son realmente “nuevas” preguntas, pues precisamente el libro huye del ya un tanto manido debate en torno a nacionalismo español y abre la posibilidad a un camino enteramente distinto en el ambiente académico español. Plantear por qué nunca se ha considerado a los romanos como unos “padres fundadores” aceptados y compartidos por todos en España y sus consecuencias para el nacionalismo español del siglo XIX y XX es desbrozar un nuevo camino para otras investigaciones y abrir nuevas líneas de debate. Y aquí es donde reside el verdadero atractivo de *La realidad simbólica de España*, un libro valiente y aventurado que pretende generar reflexión, debate y nuevas problemáticas en la cuestión de la identidad española. Tarea nada fácil y que sin duda logra Esparza.

GUILLERMO MARÍA MUÑOZ

CUENCA TORIBIO, José Manuel, **Amada Cataluña (reflexiones de un historiador)**, Madrid: Iustel, 2015, 126 p., ISBN: 9788498902938

José Manuel Cuenca Toribio (Sevilla, 1939) es un exponente de esa generación de historiadores que revolucionó los cimientos de la histo-

riografía patria en la segunda mitad del franquismo y que se consolidó en las universidades a la vez que lo hacía la democracia en la Transición. Un